

Universidad Politécnica Salesiana

El desayuno perfecto



Fernando Pesántez-Avilés
Ángel Torres-Toukoumidis



CARRERA DE COMUNICACIÓN
Grupo de Investigación GAMELAB-UPS
Grupo de Investigación GI-IATA



En la historia, el lector va a conseguir una mente que intenta aferrarse a la cordura mientras todo lo demás se desmorona, donde el humor se une a la culpa y el veneno al afecto.

Un relato sobre el control, la rutina y los pequeños rituales que esconden nuestra violencia más íntima.

Una narración de estética hipnótica y silencios cortopunzantes, cada página parece una fotografía al borde del olvido.



ISBN: 978-9942-52-010-4

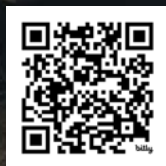


9 789942 520104

ABYA
YALA



50¹⁹⁷⁵⁻²⁰²⁵



El desayuno perfecto

Fernando Pesántez-Avilés
Ángel Torres-Toukoumidis

El desayuno perfecto



2025

El desayuno perfecto

© Fernando Pesántez-Avilés y Ángel Torres-Toukoumidis

1ra. edición: © Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
PB.X. (+593 7) 2050000
e-mail: publicaciones@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

CARRERA DE COMUNICACIÓN
Grupo de Investigación GAMELAB-UPS
Grupo de Investigación GI-IATA

ISBN impreso: 978-9942-52-010-4

ISBN digital: 978-9942-52-012-8

Foto de portada
e interiores: Generadas con Chat-GPT4 de Open AI y
Nano-banana de Gemini.

Diseño,
diagramación
e impresión: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

Tiraje: 300 ejemplares

DOI: <https://doi.org/10.17163/abyaups.150>

Impreso en Quito-Ecuador, noviembre de 2025

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana.
El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad de los autores.



No: era-se ninguna vez. En un no-lugar poco cercano, sin príncipes ni princesas; esta historia se basa en hechos reales y los nombres no han sido cambiados, sino al contrario, registrados tal cual lo contó el protagonista:

—Hoy amanecí con una certeza: iiba a matarlos a todos!



Entré al parqueadero como si fuera un lunes cualquiera, al volante de mi Toyota rojo de 1998. *Toyota es Toyota*, dice el eslogan, y yo lo valido con gusto: ningún otro vehículo podría cargar camuflados tantos juguetes e instrumentos de tortura con la misma dignidad. Gracias, Toyota, por ser mi medio de transporte más seguro... y más despiadado. Vale la pena aclarar que esta marca no auspicia el presente relato.

Por primera vez me parqueé con total comodidad. Era un desierto de espacios vacíos. Me atreví a ocupar un puesto vertical de forma horizontal, como quien transgrede un código sagrado. Esa dosis mínima de rebeldía me supo a gloria. Pero no quise molestar a los vigilantes.

Son dos ancianos decrepitos: uno gordo, moreno, devoto de la comida chatarra y de unos anteojos gruesos como frascos de mermelada. Es Don Reinaldo. Sin esas gafas inmundas no sería él. El otro, Don Alberto, es un exdrogadicto reformado, alto, flaco, de ojeras perpetuas y un tatuaje en el cuello que parece una sirena. Nunca me atreví a preguntarle qué representa. Mejor así.

Los saludé con mi cordialidad más hipócrita y me dirigí directo a la oficina del primer imbécil. Conozco su rutina: llega temprano, se encierra, pero nunca del todo, como si el miedo a la soledad lo carcomiera. Le gustan los dulces. Tiene tres hijos. Pero ni eso lo salvará. Hoy va a sufrir.

La puerta estaba entreabierta. Entré sin decir palabra y me percaté de detalles que nunca había visto en su oficina, quizá por la emoción y la adrenalina de lo que iba a suceder hoy. Su oficina era amplia, decorada con el caos

meticuloso de quien padece un Diógenes disfrazado de eficiencia. Lo encontré reclinado en su silla nueva, auriculares nuevos, concentrado en su computadora nueva con dos pantallas. Era un sultán sin reino. O peor: un Jabba the Hutt sumido en sus correos electrónicos.

No lo saludé. Solo pasé el cerrojo y sonreí.

—Te tengo una sorpresa —le dije.

Ni siquiera alzó la vista. Seguía absorto en su computador, moviendo la cabeza de lado a lado, checando sus escritos; parecía un adorno de esos que se colocan en el tablero de los automóviles para que se meneen al son de cada bache.

Abrí mi mochila y saqué un sándwich de una bolsita Ziploc. Lo coloqué suavemente sobre su escritorio. La primera etapa del castigo estaba activada.

—Gracias, no he desayunado aún —murmuró, con una sonrisa que dejó al descubierto su perfecta dentadura.

Le dio un bocado y sus labios se cubrieron de un polvo marrón. Sin reparo, mordió tres veces el mismo trozo de pan... hasta que, sin saberlo, desató una tos violenta que lo sorprendió por completo.



La garganta se le cerró de inmediato. Su nuez sobresaía como si intentara escapar de su cuello, mientras las venas se le hinchaban con una violencia casi obscena. Lo más sobrecogedor fue verlo aferrarse al escritorio de madera noble con tal desesperación que sus uñas comenzaron a astillarse y romperse, una a una.

Los sonidos guturales que emitía eran tan perfectamente grotescos que, por un instante, sentí cómo el sudor me brotaba del pecho. No por miedo... sino por emoción. El polvo de canela seca, escondida en el sándwich, absorbía hasta el último rastro de saliva. Se retorció en su asiento, sus ojos saltones buscaban auxilio en silencio. Me limité a observar, fascinado, el festín de exaltaciones que ocurrían frente a mis ojos. Me sentí artista en mi obra maestra.

La primera etapa del castigo estaba cumplida. La receta era sencilla: una dosis del Cinnamon Challenge elevada a su forma letal. Gracias, YouTube. Las redes sociales son mi biblia.

Mientras su cuerpo colapsaba en su propio pánico, inicié la segunda etapa. Saqué de la misma mochila, pero ahora expuesta en una malla lateral, un termo regalado por la empresa: verde, con el logo en blanco y tapa metalizada. Lo abrí con la serenidad de quien sabe que no fallará. Su contenido: una mezcla casera de limpiador de hornos y disolvente industrial.

Se la arrojé directo a los ojos descuencados que, aún abiertos de par en par por la asfixia, comenzaron a supurar una sustancia espesa, entre lágrima y gelatina de

frambuesa. El olor que desprendía era muy raro, distinto a todo lo que anteriormente había visitado mi nariz. Pero, en mi afán de generar etiquetas para todo, lo acuñé así: parrillada de córneas.

En ese instante entendí que ni cuatro actos más alcanzarían a igualar los kilómetros de maltrato recibidos por este subhumano en la empresa durante diecinueve años. Ahora estaba mudo y ciego. Quedaba lo más esperado.

La gran final.

Tomé con ambas manos el libro más pesado de su escritorio. No era una biblia, ni un archivo de contabilidad, ni una novela. Era el registro de asistencia que tanto don Ramiro como don Alberto se conflictuaban por entregarle personalmente al jefe en el momento de su llegada. Cada día ellos, con sumo detalle, escribían la hora de entrada y de salida de los empleados... pero no así la hora de salida de las empleadas. Un símbolo de su pequeño reino burocrático y de acoso.

Lo alcé como si fuera un martillo ceremonial: un objeto institucional convertido en piedra urbana. Le propiné un golpe tan certero en la nuca afeitada tan perfectamente pulida por los mejores barberos del país, que comenzó a convulsionar. En ese momento pronuncié una frase que siempre he amado de los guillotineros franceses:

—*Justice est faite.*

Se ha hecho justicia.

No me sentí héroe. Me sentí exacto.

No cayó como cae un cuerpo vivo, sino como se desploma algo que ya no tiene alma. Y lo más hermoso fue verlo arrodillarse al desfallecer por gravedad.

Ojalá no descanses en paz.

Salí de la oficina silbando *Keep the faith* de Bon Jovi. Con cada paso, mi sonrisa no hacía más que ampliarse. El acto con el que había fantaseado tantos años, al fin se había consumado.

.....

Regresé por mi Toyota y, sin pensar, evoqué una canción antes no cantada. Sonaba algo así: —*En un Toyota mil con alma de dragón solíamos salir, tatata ta tata; chapitas y avenidas nos quieren confundir, entre el ruido y el smog, tatata tata ta...*

La escribieron mi primo negro y mi hermano allá por los 80, pero el Toyota terminó contra un poste. Tres heridos: uno por vidrios, otro quedó ñato luego de una cirugía plástica, y una tercera persona, que iba en el asiento trasero, casi inconsciente. Al final, sí fue seguro el Toyota, aunque sus ocupantes nunca volvieron a juntarse.

Ya saben: los padres de cada quien culparon lo sucedido a cada cual.

De los guardias también conservo buenos recuerdos: el gordo es un poco flaco en espíritu, y el flaco es más bien gordo en aquello de los tatuajes.

Ya sin mucha prisa por firmar la salida en la hasta entonces arma contundente, el silbido me prosiguió en pensa-

mientos. Era, para entonces, feliz por saber que el indignado aún permanecía despierto, tosiendo la canela, y yo convertido en héroe ante los ojos de los demás colegas: pues el golpe para desbocarlo fue una suerte de ayuda para expulsar el polvo que le llegó hasta los alvéolos. Lo de la gelatina y la frambuesa sirvió para limpiar del suelo la saliva marrón del herido, y yo, horondo y bien vestido, emanaba ante todos un sudor a Superman, un pequeño barman que pudo hacer malabares y decir, *oll is well*, o como se diga y escriba en sánscrito anglosajón.

De refilón escuchaba el murmullo de las doncellas que aplaudían, con sus escotes, mi gran actuación a nivel de estrella de mar.

Bueno, así pasó mi lunes: casi desapercibido, como lo de Rusia y Ucrania; no, mejor aún, como las elecciones de Maduro o como las señales que dejaba la Cosa Nuestra. Era como revivir a Lucky Luciano en La Habana y sus casinos: un placer casi sobrenatural, propio de los pequeños burgueses. En fin, un buen día para meditar y poner en acción al Yin y al Yang. Hasta Sinatra hubiese estado orgulloso, como cuando puso al presidente de los amigos de la única América en el trono del águila calva.

Moví mi pequeño motín para percatarme si en la mochila quedaba guardada el arma contundente. Y ahí estaba: el libro de ingresos y salidas. Luego pensé: lo que uno debe hacer para zafarse de una disculpa o justificación en el departamento de talento humano. Y luego recordé que ese desvarío era innecesario, pues yo mismo era el jefe de todos ellos.





Bueno, así suele pasar —decía un anterior personaje al que le dimos todo nuevo para su oficio—. Y así mismo suena: tatata ta tatata.

Para el martes, día propicio para el regocijo de saber que el afectado estaba vivo, pero no coleando (ya que meses atrás su consorte decidió echarle una noticia que decía):

Querido Alfonso, hoy Día de los Inocentes, y fiel a mis principios y finales, he optado por lo segundo. Dejo expuesta mi excusa expresa de acompañarte en tus malhumorados días. No quiero seguir mirando tus carnales labios mientras devoras el almuerzo o la cena. Simplemente me cansé de tus absurdos cuentos respecto de aquello de que “tu jefe cada vez intenta llevarte al más allá”. Lo he decidido por fin: me quedo aquí y mañana mismo iré a buscarlo, y me pecataré de que cumpla sus propósitos: que te ascienda al cielo o te desempee en el mismísimo infierno.

Siempre tuya, Reina, la sin sentimientos, tal cual la canción del guambra este que anda haciendo buenas letras y que le gusta escuchar a mi papá y a tu ñaña la Marcela.

Por cierto, si lees esta nota, dile que mañana no podré ir con ella a tomar el cafecito. Excúsame con ella y con tus tres primas, que por cierto me caen mal porque te apañan cada vez con eso de tu jefe, en especial la loca de la Raquel que, cada vez que viene a la casa, se la pasa mirándome como lela y solo pregunta, con voz de shunsha: —¿Dónde compraste esto? Igualito al que teníamos en la casa, pero Alfonso lo rompió, lo botó, o cosas como esas—.

La única medio viva es la otra, la gemela, la más ñuta, que siempre piensa antes de hablar y por eso es muda.

Bueno, como te decía: siempre tuya, Reina.

En todo eso, pude decir que *el mañana nunca muere*, frase con la que se tituló la película de Bond, de James Bond. Con esa misma lucidez en mi mente recordé el cuento de la esposa del Alfonso, que irrumpió en mi oficina. Llevaba impresa una copia de la nota. Había hecho dos: una para el Alfonso y otra para mí. Quería cerciorarse de que la recibiera en persona y me la dejó en un sobrecito azul que decía:

—Por usted y para usted: Alfonso—.

A esas alturas del día me llené de coraje por tal atrevimiento. Una mujer adulta, toda ella bien peinada... ¿cómo era posible que fuese la mujer de aquel insensato? Querer romper, botar o quemar las cosas era ya un dato más para perpetrar su retiro. Pensé: *mañana miércoles volveré sin falta a tramar algo*.

Hoy miércoles salió el sol, estrella idolatrada por unos (los precolombinos) y capitalizada por otros (los Coppertone). Hoy quiero finalmente acabar con la vida del Alfonso, pero en esta ocasión no estaré solo. Necesito corroborar que este susodicho no tiene mil vidas, y si las tiene, yo le he quitado más de la mitad.

Todos los miércoles al mediodía le gusta ir a entrenar. Nunca ha sido una persona de rutinas. Hace ocho meses jugaba pádel: un raquetazo con la fuerza de Nadal en la sien no logró su cometido, solo estuvo en coma un par de días. Hace cinco meses inició con el crossfit: aceité la caja de saltos de manera tan perfecta que su estrepitosa caída lo dejaría, al menos, inválido... pero no sucedió;

solo volaron un par de dientes, un canino y un incisivo para ser exactos. Hace tres meses incursionó en el *running*: igual corrió con suerte, literalmente; le adulteré el agua con tetrodotoxina, la misma del pez globo, insípida pero muy tóxica. Deseaba con mucho anhelo un fallo cardiaco, sin embargo, recibió intubación a tiempo.

Hoy es un día distinto. El deporte que practica se presta para que Satanás le dé la bienvenida. El ciclismo invita a que hoy el Alfonso diga adiós. He orquestado fríamente su muerte: el ataúd en su velorio será de cristal, para regocijarme por tal hazaña.

Para lograrlo, estaré acompañado de Romina, una transexual excombatiente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia que hasta los dieciséis años se llamaba Ramón y que hoy, por cinco mil de los verdes, me proporcionó la logística para sabotearle el maillot, el casco, la bicicleta, los guantes y las zapatillas especiales.

El deceso de Anita estaba finalmente sentenciado.

En primer lugar, el compuesto textil del maillot iba a comenzar a derretirse cuando, con su esfuerzo bimotor, llegara a los 38 grados Celsius: se adheriría a su piel, causando quemaduras de tercer grado. Por su parte, las correas del casco habían sido reemplazadas por unas falsificadas que contenían microfibras elásticas impregnadas con un polímero termosensible. Este material, al calentarse con el calor corporal y la fricción del pedaleo intenso, se contrae lentamente, apretando la garganta del ciclista como una garra sensible.

La bicicleta, muy sencillo y cliché: manubrio desprendible, camino rocoso. El eje iba a liberarse gradualmente hasta dejarlo sin control. Y lo mejor de todo: los guantes y las zapatillas, ambos impregnados con un pegamento extrafuerte, no le permitirían liberarse de la bicicleta, causando un desastre irreparable.

.....

Para suerte de este Alfonso, ese día fue el del cordonazo de San Francisco, 4 de octubre, un aguacero que dejó goteras en todo lado: maillot, casco, bicicleta, guantes y zapatillas, incluido el termo, se fueron por el alcantarillado debido a la inundación en el sector en el que habita este Alfonso.

Ya para el jueves, y luego de todos los intentos por ofrecerle una mejor vida al Alfonso, pensé en restaurar nuestra amistad. Después de todo, treinta años juntos en el trabajo habían reforzado ciertos lazos, como en aquella vez que coincidimos en un viaje para ocuparnos de la jubilación de un tercer ejemplar del mismísimo Caifás... o quizás Anás, bueno, no importa. Lo cierto es que él debía comparecer ante el inspector laboral y, cuando ingresamos al despacho del entonces servidor público, se sorprendió por verse retratado en la figura calva del funcionario.

Eran extrañamente exactos, como si hubiesen sido separados al nacer. Claro, el Alfonso miraba con sospecha a aquel vigoroso hombre que, con voz tenue y léxico jurídico, nos invitó a tomar asiento diciendo:

—Bienvenidos, espero que podamos ser breves y, con base en los preceptos y a la investidura que me respalda, logremos un acuerdo favorable para quien, desde el derecho constitucional que le asiste en los códigos laborales, espera le sean reconocidos todos sus emolumentos bien logrados por el servicio ofrecido en beneplácito de los clientes de la compañía a la que entiendo ustedes representan—.

Ahí el Alfonso, sin titubeos y como buen tartamudo, habló con fluidez para desdecir aquello. Recuerdo como si fuese ayer aquel pasaje. El Alfonso, de manera impetuosa, sin permitirme presentarme, tomó turno y le dijo:

—Seseseñor aaaquí, el uuunico seservividor, es el aaaquí prese preseesente mi Doctor, quiquiquien bebe, nonono pepeperdón vevela por nunues nunuesrtra empresasa y fafa, familia—.

Al oírlo, me creí aquello y le ofrecí una palmadita en la espalda. Él me respondió con un guiño cómplice que me trastoca hasta hoy mi sempiterna alma. Quién diría que el Alfonso, el representante de los trabajadores, hubiese apostado por la empresa. En verdad esperaba que arremeta contra mí; en cambio, al contrario, elogió mi actuación como líder. Su guiño fue un bálsamo bien recibido por su doble, quien entendió también el mensaje, y aquello se vio reflejado en el proceso. Luego de un poco de preguntas y respuestas, sentenció a nuestro favor.

Salimos plácidos del lugar, como si hubiésemos leído a coro de dos a Khalil Gibran su *deshidrata*.

Ya de retorno en el vehículo que nos regresaba a nuestra ciudad, en el lapso de ocho horas no paró de hablar, encajando con dificultad su argumento. Por lo que entendí, tanto yo como el inspector mal interpretamos lo que en verdad quiso decir. Y vuelvo sobre sus palabras:

—Señor, aquí el único servido es el presente doctor. Quien bebe y bebe por nuestra empresa y falla a nuestras familias—.

Lo dejó tan claro en esas ocho horas, y su guiño mostraba su descontento.

Tan claro como un rastafari, es decir, sin pelos en la lengua, me lo contó. También me supo explicar que la palmadita lo único que le recordó fueron los manotazos que solían propinarle sus compañeros cuando estudió lengua inglesa, de la cual era erudito. Me parafraseó, a su manera, la célebre frase de “cuando vengo no más vengo y ya sabrás para qué vengo”, que en su forma era algo así:

—Wewen hay cocome, yuyu nonouu guaguatt iii meme jiji representa Ford Ford—.

Que luego mi secretaria, que también estaba en aquel viaje, dejó asentado en la bitácora como:

—*When I come, you know what I'm here for*—.



Ya con el traductor descubrí que este Alfonso me advertía que no necesitaba explicarme sus intenciones y que, a su momento, lo entendería. Y su guiño cerraba la escena.

El resumen de mi historia con el Alfonso es sencillo: lo mato yo o me mata él. Para evitar que pase lo último, me he dedicado al objetivo de acabar con su vida primero. Aquí es una competencia de supervivencia: no podemos estar juntos en el mismo lugar de trabajo, en la misma ciudad, en el mismo país, en el mismo continente, en el mismo globo terráqueo. Conclusión: uno de los dos debe trascender al más allá.

No me acuerdo quién inició primero este conflicto. Tampoco me interesa recordarlo, pero tengo claridad en que sus armas dinamitan mi moral y mi psiquis, no mi físico. Sus ataques son discursos fulgurantes de indirectas, victimizaciones y manipulaciones. Su estrategia es clara y evidente: quiere internarme en un psiquiátrico. La mía es internarlo en el cementerio.

Su tartamudez es un trastorno que usa plenamente a su favor. Actualmente existen tratamientos para atenuarla, pero no le interesa. El Alfonso es feliz siendo tartamudo; lo usa para cambiar interpretaciones de lo que dijo, dependiendo de su conveniencia. Al expresarse, la gente baja la guardia y, sin importar lo que diga, aceptan y consienten sus fechorías. Peor aún: lo usa como herramienta de conquista con el sexo opuesto. Le encanta dar lástima para, después, empotrarlas contra todo pronóstico.

El Alfonso es un ser detestable: Osama bin Laden es un niño en pañales frente a él. Por suerte, las circunstancias

de la vida no lo llevaron a ejercer la política; de haber sido así, ya estaríamos inmersos en la Tercera Guerra Mundial, y la estuviera ganando. Por tanto, yo tengo un claro deber: desaparecer su existencia.

Tiempo atrás, cuando esta disputa recién comenzaba, mis amigos me recomendaron ir al psicólogo. Estuve casi dos años asistiendo puntualmente, sin faltar una sesión. Me percaté de que no me gustan las pseudociencias y que su “asistencia” solo me impulsó a ser más analítico y a diversificar las formas de ataque físico contra el Alfonso. No sirvió de nada.

Después quise probar con una psiquiatra: mi garganta no soportó ni un mes el certamen de pastillas diarias que debía ingerir. Absurda situación. Mi interés no era volverme adicto a nada, sino aliviar mi pesar y defenderme verbalmente del Alfonso.

También fui a casa de un chamán en la Amazonía para que me enseñara los poderes ancestrales de la ayahuasca. Supuestamente me iba a olvidar del Alfonso, pero me generó un efecto contrario: tanta era la obsesión que las alucinaciones eran personificadas por el Alfonso: árboles el Alfonso, lagunas el Alfonso, carros el Alfonso, niños el Alfonso. Era *El Alfonsolandia*.

Después de la experiencia casi me quito la vida, pero el tiempo me ayudó a librarme de ese trauma. Por último, y ya casi sin esperanzas, fui a confesarme con un padre agustino...



Pues para qué: cerrada la jornada de semana, viene bien el descanso —pensé—. Olvidarme de aquello de aniquilar a todos, de manera momentánea, también resultaba una posición de alivio para mi cansado cuerpo, pero en especial para mi mente que, en semejanza a *La naranja mecánica*, siempre esperaba un futuro distópico para aterrorizar al Alfonso. Esto, mientras en mi interior dejaba escuchar el eco de Beethoven y su *Himno de la alegría*.

“En verdad, alivio”, me dije antes de tocar el manillar de la puerta de ingreso de mi casa.

...Más que pesar para mí, fue encontrarme con que mi perro Rafael se había dado gusto con su micción urinaria en el mismísimo lugar donde acostumbro dejar mis alpargatas. El pasillo olía a una mezcla de amoníaco con dulce de tres leches. Tomé una bocanada de aire para pasar por encima de ese mar de olores y conducirme hasta la cocina para aprovisionarme de servilletas.

Pero justamente ahí, encima del mesón de granito de Carrara, otro sobrecito azul sobresalía entre la correspondencia.

Con el alma ya en duda, me aproximé cual ladrón de peras en tiempo de manzanas ante aquel estante, y tomé por la puntita, así por la puntita mismo, para no quedar embarazado, cogí con recelo el sobre. Mi mano temblé, con un movimiento de dedos que no pedía sino calma, alzó entre el pulgar y el índice aquel objeto. Lo levanté primero para ponerlo contra el foco del tejado y advertir qué era aquello.

.....

No me pareció nada extraño, pues no pasó la luz entre las caras de papel, y supuse, en correcto, que era la tan anhelada renuncia del Alfonso. Cuál fue mi sorpresa que, al abrirlo, de dentro cayó al suelo otro sobrecito con la leyenda: “El Alfonso y Reina agradecen su gentileza”.

¡Qué barbaridad! Tanto descaro. El Alfonso se daba de segundas nupcias con su consorte: la bien peinada y poco querida de primas y hermanas, la mismísima Reina.

Puse mis manos entre mis mejillas y movía mi cabeza cual péndulo de Foucault. Me tronaban las vértebras cervicales, todas siete: el atlas y el axis los sentía, por primera vez, como dos cajones descoordinados tratando de sincronizarse. Cosa feísima, como las gemelas hermanas del Alfonso: casi iguales, pero distintas.

¿Qué excusa voy a dar?, me pregunté cual monje en medio de diez caminos buscando el sendero de la liberación. Para no asistir: nada... una lumbalgia, o mejor aún, hora de llamar a los reumas y fingir toda la semana entrante dolores intensos. Tema que habría de practicar en el pasillo que queda entre el lugar de trabajo del Alfonso y mi oficina. Esos ocho metros serían como las *20 000 leguas de viaje submarino*; pero sin Nemo ni Nautilus: estaría prácticamente a la deriva. Sin duda veía a El Alfonso como Odiseo al cíclope Polifemo.

Horror. ¡Qué horror!, diría alguien: —Qué vergüenza, qué bochorno—.

Nada. Tocaba hacer algo urgente. De momento, un grito a mi fiel compañera de mareas: —¡Horrtensia, Horrtensia! Baja, ven enseguida, acude a mi llamado—.

En un dos por tres, cual chosco ante su cabo, se presentó mi Horrtensia. Mujer robusta, de cualidades excepcionales: nunca un “no” de por medio, siempre fiel a mis pedidos. Mi querida Horrtensia, ella de mil amores, la más querida de lejos. Llegó casi en sobresaltos:

—Diga, patroncito, ¿qué pasa?, ¿por qué grita?—

—Horrtensia, estoy desesperado. La semana entrante, de hoy en nueve días, el Alfonso —ese del que siempre te hablo, el que acaba con mi día tan solo al verle— me ha enviado esta invitación para que les acompañe en sus segundas nupcias junto a su esposa, la Reina—.

—Ay, pobre de usted, patroncito, mejor siéntese aquí—.

Ofreciéndome lugar en su banco cercano, solo alcanzó a decir: —Ya ve cómo le mira el Rafa—.

Y ambos, con cara de angustia.

Mientras ella, mi Horrtensia, la que desde niño me cuidó como suyo, estaba ahí preparándose un té de alelí y violetas para calmar mi pensar, yo seguí en suspiros, leyendo y releiendo la invitación. De memoria la diría ya, con mis propios arreglos, en base al cariño que le prodigaba al Alfonso:

Estimadísimo Nos complace (o al menos nos resulta inevitable) anunciar que, tras años de negociaciones, múlti-

ples amenazas emocionales y una inusual tolerancia, hemos decidido volver a unir nuestras vidas en matrimonio. Sí, lo hemos pensado bien... al menos uno de los dos. El magno evento tendrá lugar el [día fatídico] de [mes que aún no cancelamos], a las [hora donde uno de nosotros sí será puntual], en el elegante (aunque ligeramente sobrevalorado) [nombre del lugar con pretensiones].

Por cierto, adentro está el sobre.

Claro, no era tal cual, pero para mí sonaba y se escribía así.

Tomé aire como *50 sombras de Grey* y fui por mis alpargatas. Ya no me importó que el Rafael se hubiese hecho ahí todos sus anhelos líquidos. Cogí los chanclos y los arremetí contra la puerta y después, cual hombre cabal y de buenos modos, dije:

—Horrtensia, el té en la cama, por favor—.

Subí y me quedé profundamente dormido.

La verdad, un sueño terrible. Volví sobre la confesión. De ella solo recuerdo que, al despertar, sudaba como si fuera un jugador de *Páreme la mano* en un sauna turco. Me movía en elocuencia quitándome de encima el rostro del Alfonso, que decía: —Daaadadale, rerrerrea el ppapapadre nunueestro y iii la lala las sisi cien aaave mmamamrias—.

En tanto, en el sueño, también el Padre, enaltecido por la recién elección del Papa perteneciente a su congrega-

ción, me dice: —Antes de entrar al confesionario, haz un examen de conciencia y reflexiona sobre tus pecados—.

Algo querían decirme, sin duda. Lo que no sabe el Padre es que realmente no presiento que haya pecado. El quinto mandamiento expresa: “No matarás”. En realidad, aún no lo he hecho, y cuando lo haga tampoco habré incumplido con ese mandamiento, porque yo no quiero matar al Alfonso: yo solo quiero que el tartamudo trascienda.

Revisé mi actuar sobre los pecados capitales: tampoco coincido en ninguno. Yo no actúo por ira ni por impulso. Actúo por justicia a mi salud mental, actúo como protector de nuestra sociedad. Por tanto, estoy salvado de todo y mi autopista al cielo está lista.

No interactué más con el Padre.

Pese a todo ese tiempo, gasolina y plata invertida, me quedé sin solución a un problema que supuestamente tenía... y que realmente no existía.

La boda me dejó en shock. Mi Horrtensia y Rafael tenían que ser mis aliados; debía armar un plan perfecto y acabar con el Alfonso, con Reina y con la boda. En mi pueblo dicen: “matar dos pájaros de un solo tiro”. Se equivocan. Solo hace falta tumbar el nido, y en nueve días tengo esa tarea. Estos tortolitos se quedarán sin nido y, de rebote, ellos migrarán por otras parejas y por otros árboles.

Sin embargo, los consejos puritanos de El Alfonso y los espirituales del señor Cura no pasaron desapercibidos. Traté, desde el fondo de mi alma, de ser lo más cons-

ciente en mis deseos de buscar que el Alfonso vaya a buscar espacio en el más allá. Por lo menos la semana entera siguiente, preludio de la celebración, evité encontrármelo.

Por consejo de Horrtensia tomé la decisión de ir a la fiesta. —Quién sabe, ahí, patroncito, tiene mejor oportunidad, entre el tumulto, de quebrarle la crisma al Alfonso—.

Me pareció totalmente lógica la propuesta de mi compañera de mareas.

Entre las decenas de invitados, a la hora perfecta, que debía ser aquella en la que el Alfonso fuera al baño, y cuando estuviera de pie frente al urinario, aprovecharía para también entrar con Rafael y su arnés. Llevaría en mi mano un vaso de licor y, como si perdiera el equilibrio, dejaría caer la bebida. Simulando un tropiezo en la correa de mi fiel peludo amigo, de un resbalón me iría con toda mi fuerza hacia el antes novio de Reina. En tanto él, con sus manos ocupadas, no podría sino colapsar de cabeza contra la loza blanca, quedando por lo menos en estado de punto y coma.

Bien perfecto era mi plan. Ahora debía buscar hacerme de un traje elegante, digno de un prestigioso hombre como yo, con garbo y melena. De inmediato pensé en tomar como modelo a la joya de la corona: la vestimenta de *Sir Second Castle*. El mismo tono tigresco en faja y frac que le sienta perfecto en el banquillo, sería para mí de noble pose, para ni siquiera llamar la atención de la





flota de delincuentes que seguramente habrá también de invitar el Alfonso a su recepción.

Recordé que la mismísima Horrtensia fue diseñadora allá en sus tiempos de doncella. Siempre ella me hacía alusión de que vestía y desvestía hasta al más ingenuo. No dudé en comprar tres yardas de tela tipo tigre moteado y media yarda de color negro para la faja y la terminación del frac. Y al cabo de ocho días, listo tenía el traje. Para entonces ya compré también el corbatín y el pañuelo de un rojo casi imperceptible al tacto. Los zapatos eran unos buestán de charolina y las medias, con figuras discretas de calabaza en color zanahoria.

Minutos previos, y luego de ponerme todo el conjunto, y de rociarme el *Acqua di Selva Animale for Men Eau de Toilette 100 ml*, alguien tocó a la puerta. Para mi sorpresa, ahí estaba, cual princesa bien vestida, Romina... o, mejor dicho, Ramón. Había sido también invitada, pues era amiga íntima de una de las gemelas hermanas del Alfonso. Claro que Romina no venía con buenas intenciones: venía a cobrar sus verdes y, de paso, a sobornarme, ya que sabía por boca de la ya mentada gemela que yo estaba invitado.

Al verme solo dijo, con voz tibia de soprano: —Mi estimado Rigoletto, he aquí mi presencia, por los duros y maduros que me debes completar—.

Respondí de mala forma, para sondear cómo estaba el asunto: —Habla bien y deja de fingir tu verdadera identidad—.

Entonces su natural voz de tenor se dejó oír y, con una expresión casi mágica de anunciador de boxeo, sentenció: —Vengo a ver los billegas, Caracas Boys. En pocas palabras: mi plata. Y de paso a decirte que además me debes unos 500 más, porque, caso contrario, en la fiesta —a la que por tus ropajes intuyo que irás— denunciaré que, en más de una ocasión, has tratado de darle una K al Alfonso—.

Este guerrillero, cual GDO, me extorsionaba en mis propias narices. Solo alcancé a encoger los hombros y torcer los labios para añadir: —¿Qué es eso de una K?—

Respondió: —Es lo contrario de un OK—.

—No entiendo—.

—Simple. Un OK significa lo que siempre ha significado: *zero killed*.

Haciendo una señal de bolita con su dedo del medio en el aire, dijo en inglés: —Zero killed, megaman—.

—Solo que sin la “O”—, añadió, haciendo nuevamente la bolita con su dedo medio. —Solo killed. *Capito...*—

Respondí también en mi perfecto italiano, que lo aprendí viendo las seis temporadas de *Los Soprano*: —*Prego*—.

Acepté de poca gana pagarle luego sus quinientos maduros, y le pedí que, a cambio, sea mi cómplice para perpetrar mi posible capítulo final en contra del Alfonso. Así que Romina quedó en llevar al perro como si fuera suyo y, ya en la boda, haríamos de encontrarnos para el ataque.





La noche previa a la boda tuve el siguiente sueño:

Pensaba en cómo sería besar los labios de la hermana del Alfonso. Mitigaba ese amargor de mirarlo sonriente junto a su consorte. Había una suerte de sarpullido que me obligaba a rascarme el occipucio, justo ahí donde termina la cabeza y comienzan las vértebras del cuello. Tal ardor me hacía encoger de hombros, como si estuviera diciendo *achachay* por una ducha helada que caía sobre la espalda, o como cuando uno se asusta al oír de improviso el reventar de un cuete de feria. Un *chis-pun*, tal cual cuando dice *hojopes*, qué me importa.

Así me encorvaba, pero con la fuerza y la predeterminación que solo he visto poseer a mi Horrtensia cuando se obliga a sí misma a limpiar los vidrios del baño con un pequeño cepillo de dientes. Así, con esa misma insistencia en retirar ese puntito negro del vidrio, quería yo retirar ese puntito negro, a modo de lunar, con un beso sobre las doradas mejillas de ella.

Mirando de reojo, siempre a esa diosa majestuosa con la que había tropezado momentos atrás, busqué aproximarme sin que lo notara. Ahí fue de gran ayuda Romina y Rafael: por un lado, Romina se encargó de llevarla hasta un pequeño espacio de la recepción donde yo estaba retozando con mi can, y Rafael hizo el resto; fue hasta sus faldas cual sabueso en busca de trufas. Fue tal el encanto que ella misma inició la conversa, de lo cual quedé totalmente decepcionado.

Si bien no era tartamuda como el Alfonso, en cambio, por cada frase se dejaba acompañar de una secuencia

disonante de risas. Cada vez que dejaba salir una simple letra de su boca, todo en ella, y su lunar, resultaba decepcionante. Era como oír en palabras a su hígado pidiendo clemencia. De ahí que todos los que saludaba lo hacían a cinco o siete metros, y se despedían con un aventón de manos y un “ya regreso”. Me imagino que ella reconocía aquello como un fenómeno de envergadura mundial y épico, que hacía que todos huyesen de ella. Hasta ahí llegó mi afán por ella.

Regresé decepcionado a casa y, claro, Horrtensia ya tenía listas mis alpargatas para hacerle el resumen de la jornada. Tan molesto estaba que solo accioné una risa, como la antes princesa, un “jiji” y una mueca para ella. Tomé de mala gana mis alpargatas y me fui a mi recámara a buscar a Morfeo.

Llegado el inicio de semana, mi coraje se había multiplicado por cien. Mis manos se frotaban como buscando calor, todo ello por empezar lo que serían, en posibilidades buenas, las chances de darle secuencia fúnebre a este Alfonso.

Lo irónico de la vida: apenas llegué a la empresa, él me esperaba como si fuésemos hermanos de pernada. Me extendió, sin decir nada, su mano y me entregó un sobrecito azul. Yo, en tanto, en mis adentros quería solamente mirarlo apaciblemente siendo arrasado por una tropa de gendarmes recién estrenando botas, a los que se les obliga a marchar. Lo miré y, con un gesto salido del rincón de mis sentimientos más puros hacia él, tomé el sobrecito. Se despidió con una reverencia improvisa-

da y con una mirada de tremenda vergüenza y nostalgia... que luego entendería.

Me decía a mí mismo que no fuese otra bendita celebración, que no fuese ni siquiera una invitación a cederle el paso, que no fuese tan siquiera un gracias por haber estado en mi fiesta, ni mucho menos que fuese una hoja en blanco. Solo deseaba que fuese un espejismo. Pero qué va: al abrir el mísero papel decía:

Estimado:

He escrito para ti esta carta, lo hago para evitarte un dolor infinito. Has de saber que mi hermana, a quien entiendo, por boca de ella misma, tuviste la suerte de saludar y con la que pasaste varios minutos gozando de la viva presencia de ustedes dos, ella con su dulce sonrisa y tú con tu apacible calma, que te es característica, debes de saber, y perdón por lo que voy a confesar. Mi hermana padece una rara enfermedad. Intuyo que tu inocencia innata no te habrá dado señas de aquello, pero es verdad. No imaginas lo terrible que para ella es saberse contagiada de este mal, llamado Kuru.

De adolescente se enamoró de un joven de Oceanía que decía pertenecer a la tribu Fore, de Papúa Nueva Guinea. Cierta día el muchacho la invitó a compartir sus alimentos. Lo que ella no sabía era que lo que se estaba sirviendo eran sesos humanos: una práctica canfbal mediante la cual el muchacho honraba a sus ancestros muertos. Llevaba haciéndolo por largo tiempo y, para él, aquello era normal, sin nada de malo, desde sus creencias.

Has de saber, para tu tranquilidad, que esto no se contagia de otra forma que no sea comiendo aquello, y que

no todas las personas que comen se contagian. Más el caso de mi bella hermana sí pasó: comió tejido con priones infectados que entraron a su organismo y, de ahí, su progresivo deterioro neuronal será inevitable. Y literalmente morirá de risa un día.

Te pido no desprecies su compañía, si puedes hacerlo. Y si has de encontrar un culpable para excusar tu ira por este impase, hazlo en mí.

Att. Alfonso.

Me sentí tan extraño y, por un momento, desorientado. Pensé, en principio: *ha de ser una de sus benditas formas de martirizarme*. Pero entonces busqué en la red y sí: en verdad existía la enfermedad, la tribu y todo eso. Se me crispó el cuerpo. Boté el sobre y la carta al suelo.

Sudoroso, desperté y agradecí que nada de lo anterior fuese cierto. Ni yo, en mis peores momentos, hubiese pensado tanta maldad.

Llegado el día exacto, y de no creer, la realidad superó la pesadilla: Después del *“shizishi acecto”* del tarado del Alfonso y del lanzamiento de arroz, típica costumbre que simboliza fertilidad y abundancia, nos encaminamos al salón de fiesta.

Romina estaba despampanante con un vestido morado oscuro, ceñido, que le camuflaba muy bien el “paquete”. En un momento de la noche pensé en empotrarla, pero recordé la gran frase de Leo Messi: “primero una paja antes de tomar cualquier decisión”. No recuerdo bien si la dijo él, pero en mi mente la dijo Messi, y así suena más épico.

Rafael, en cambio, con un corbatín del mismo color del vestido de Romina. Curiosamente, la boda era *pet friendly*, pero no era *friendly* para niños menores de diez años. Paradojas contemporáneas que motivan los perrihíjes y desalientan los humanihíjes.

Yo, por mi parte, inspirado en el gran diseñador James Nebot, opté por un frac y pipa con tabaco inglés. Para aquellos que no lo conocen, mi atuendo era similar al de *Peaky Blinders*. Hoy iba a ser una noche mágica, debía ir con las mejores galas.

Llegamos puntualmente a la hacienda donde se iba a celebrar la cena y el baile. El agasajo tenía las características típicas de pomposidad extrema: las letras mayúsculas (R&A) de los nombres de los recién casados, kilos de pirotecnia, cajas de whisky... en fin, típico cliché de bodas latinoamericanas. Solo faltaba el arribo de dos señales: la violinista y el comediante.

El Alfonso, hombre de gustos callejeros y mundanos, adoraba los shows de *stand-up comedy* que se organizaban todos los jueves en la ciudad. La mayoría de locales le habían prohibido la entrada: su risa estruendosa y poco pudorosa —“iiiiiff gaaaar gaaar garr” — rompía los guiones, desconcentraba a los comediantes y hastiaba al público. Tanto fue el hartazgo que, mediante su sindicato, los artistas solicitaron como única condición para presentarse la prohibición de entrada al imbécil del Alfonso. Todos estuvieron de acuerdo, menos uno: el mismo que hoy se presenta en su boda.

Se llamaba Don Rodolfo: un sesentón de buena barriga, olor a aguardiente, con solo cinco dientes, que repetía

los mismos chistes desde hace treinta años. Pero el Alfonso lo amaba. Me reí para mis adentros al ver las iniciales de un metro y medio de altura: “Las iniciales son por Rodolfo y el Alfonso, no por Reina”.

Ella, Reina, en cambio, de gustos refinados, quiso contrarrestar la vulgaridad del comediante y contrató a Diana Dueñas, violinista española formada en la Universidad de Viena, quien iba a deleitarnos con dos piezas de su propia composición. También la empotraría, pero la frase de Messi me retumbaba.

Diana y Don Rodolfo, la violinista y el comediante, respectivamente, eran parte de nuestro plan... pero ellos no lo sabían. Nuestra función contaba con tres actos. Todo estaba a punto de iniciar:

Acto I: El chiste venenoso y la furia del Alfonso

El salón de la hacienda, cargado de risas ebrias, se detuvo en seco cuando Don Rodolfo, con su brillo astuto, lanzó el chiste que Romina le había pagado para incendiar la noche:

—¡El Alfonso se pavonea como toro, pero en la cama es más manso que un cordero sin lana!—

La pulla, afilada como un puñal, atravesó el ego del Alfonso, poniendo en duda su virilidad frente a todos. Las risas estallaron, crueles y descontroladas, mientras algunos invitados se atragantaban con sus tragos.

PEPE

CA



ELEPÚ AFÉ



—¡Rodolfo, te voy a arrancar la lengua!— bramó, lanzándose hacia el escenario como un depredador, aplastando un centro floral de lirios que se deshizo en una nube de pétalos rotos.

Don Rodolfo, con una agilidad que desmentía su barriga, saltó del escenario, esquivando al Alfonso por milímetros, y se escabulló entre los invitados, usando una bandeja de empanadas como escudo improvisado.

El público, entre gritos y risas nerviosas, se apartó: algunos grababan la escena con sus celulares, otros retrocedían ante la furia del Alfonso. Romina, con su vestido morado brillando como una señal de guerra, me lanzó una mirada de complicidad, pero su expresión se tensó al ver a Rafael, el perro, ladrando como poseído, excitado por el caos, con el corbatín que ocultaba el somnífero colgando al borde del desastre.

Acto II: La seducción y la violencia desatada

En el otro extremo del salón, Reina, hechizada por la melodía seductora de Diana Dueñas, había caído en la trampa que Romina había tejido con precisión. La violinista, con su arco deslizándose sobre las cuerdas que parecían susurros de deseo, ejecutó el plan al pie de la letra: una mirada cargada de intención, un roce sutil al ajustar su postura. Reina, nublada por el licor y la música, subió al escenario y, en un arranque de pasión, besó a Diana con una intensidad que hizo vibrar el aire.

Los flashes de los celulares estallaron como un enjambre, pero el momento se quebró cuando un grupo de

amigos del Alfonso, furiosos por la “deshonra”, desató una tempestad. Un primo corpulento, Gerardo, con los puños apretados, lanzó una botella al escenario, que se estrelló contra un reflector, desatando una cascada de chispas. Diana, con instinto de superviviente, empuñó su violín como un arma y golpeó al primo en el hombro.

La violencia se extendió como un reguero de pólvora. Un invitado borracho, creyendo defender al Alfonso, empujó a un mesero contra una mesa de postres, que colapsó en una avalancha de cremas y frutas. Otro grupo, enardecido por los insultos, comenzó a intercambiar golpes, arrancando cortinas y volcando sillas en una pelea caótica. Romina, intentando mantener el control, corrió hacia el escenario, pero un invitado la agarró del brazo, confundiéndola con una alborotadora. Ella, con una furia fría, le propinó un rodillazo en el estómago, liberándose justo cuando una copa voladora le rozó el cabello.

Yo, con mi frac salpicado de licor, esquivé un puñetazo perdido y me mantuve en las sombras, maldiciendo la rapidez con la que nuestro plan se desmoronaba.

Acto III: Rafael, el agente del desastre

El salón era un campo de ruinas: mesas destrozadas, copas rotas y un charco de licor reflejando las luces parpadeantes de las iniciales “R&A”. Rafael se alzó como el soberano del caos. Sin su corbatín, perdido en la refriega, el can olió la libertad y se lanzó a la acción.

Primero, embistió una mesa de bocadillos, derribando una fuente de salsa que empapó a un grupo de invita-

das, quienes resbalaron y cayeron en un coro de chillidos. Luego, atraído por los gritos del Alfonso, que intentaba levantarse de un sofá cubierto de restos de pastel, Rafael saltó sobre él, hundiendo sus patas en su pecho y derribándolo de nuevo.

Imparable, corrió hacia el escenario, donde Reina y Diana seguían defendiéndose. Con un salto acrobático, el perro se lanzó entre ellas, derribando a Reina y haciendo que Diana soltara su violín, que rodó con un lamento de cuerdas. Rafael, como si supiera su papel, ladró con una autoridad que detuvo el caos por un instante, robándose la atención de todos los invitados. Luego, en un golpe maestro, corrió hacia las iniciales “R&A”, que titilaban inestables. Con un ladrido triunfal, embistió la estructura, haciendo que la “A” colapsara con un estruendo metálico, aplastando una mesa y provocando un grito colectivo.

Romina, subiéndose a una mesa tambaleante, gritó al micrófono robado: —¡Por la libertad y el desmadre!—

Su voz incitó un brindis desordenado entre los invitados, que alzaron copas rotas en un delirio colectivo.

Un *pluto*, en el buen sentido del adjetivo, prolongó el brindis de manera natural, casi en alegoría al Alfonso. Ya entonado, decía desde un rincón con micrófono en mano: —Estaaa hip hip esss unaaa buenaa fieesta, ¿dónde están mis compadres? ¡Que vivan los novios, carajos! ¡Pónganse una del Chino Pacas!—

El individuo, con talante de cantante, empezó a entonar un corrido: “*El mayor de las ranas...*”. En tanto, yo

apaciguaba a Rafael, que por costumbre sufría ataques cuando comía chocolate, y que ahora aprovechaba lamviendo la cara de medio mundo.

Un enano recién llegado, con facha de Marco y vestido de blanco, preguntó confundido si esa era la recepción ofrecida por su tío. Todos en coro respondieron: —¡Noooo, cónchale vale!—

En un ademán digno de los *Avengers*, salió volando a corretear a Rafael, que ya se había recuperado de su tembladera. Prácticamente el sabueso quedó como héroe: paró al tumulto y retiró al enano. Todo esto mientras, de fondo, se escuchaba *We are the champions*. Seguramente el mismo Freddie Mercury no hubiese compuesto mejor obra para tan alocada escena.

Romina, por su parte, quedó prendada de Diana y su violín. Los novios pedían disculpas y el comediante reclamaba por un diente nuevo perdido entre la lluvia de trompones que cruzó con la mismísima Romina.

Yo, desde las sombras, como ya dije antes, muy semejante a Bruno Díaz, hice mis señales a mis custodios para retirarnos. La pieza musical era perfecta: Queen nos daba el adiós. Alcanzamos el portón de salida: Romina, yo y el enano, caminando en sincronización perfecta, como la portada de *Armagedón*, y Rafael en mis brazos, respirando a bocanadas para recuperar energías.

Prácticamente fue una fiesta de ensueño, a mi gusto. Llegué a casa y no pude evitar que cada escena se repitiera una y otra vez. Un baño a Rafael y, de ahí, a la cama cada cual.



TRESAAR ET
OS
POTECISS

Tia Rosa



Al día siguiente, mi Horrtensia me tenía el desayuno listo, mis pantuflas al pie de la cama y mi celular cargado. El día amaneció maravilloso; mi sonrisa delataba el éxito de la noche anterior.

Mientras devoraba dos huevos fritos con pan y café, tomé mi celular al 100 % y entré a Facebook. Comencé a buscar palabras clave: #bodacaos, #elAlfonsoviolento, #reinalesbiana... No logré encontrar nada del desastre de anoche. Seguidamente busqué algunos nombres de invitados, y tampoco había vídeos, reels ni fotos. Todo era muy extraño.

Por último, y sin perder las esperanzas, entré en el perfil del diario local y encontré un titular que me dejó confundido:

“Crowdfunding para boda Round 2”

Al pinchar en el enlace, la noticia rezaba:

La boda de anoche entre Reina y el Alfonso se convirtió en una batalla campal. Todo fue culpa de Correa. Por tanto, estamos recibiendo donaciones para que le otorguemos una boda digna y amparada por Dios. Deposita tu apoyo en la siguiente cuenta del Banco del Litoral: 1264735A.

Al leer esto, me temblaban las piernas, las manos... y el medio huevo frito que aún quedaba por tragar quedó intacto. Reenvié la noticia a Romina por WhatsApp con el mensaje:

“Romina, esto no termina. Nos vemos en una hora en café Pepelepú, trae al enano.”

En café Pepelepú, sin entender la cobertura mediática que había recibido a favor de reiniciar la ceremonia. Obviamente, todo de manera simbólica: Reina y el Alfonso ya estaban casados, pero querían un nuevo convite que reiniciara el mal recuerdo.

Pero no podíamos permitir un *round 2* de este evento. Teníamos que actuar rápido. Convencer a Reina de que su amor a María Dueñas era puro. Ese día, y con mucho café, té de matcha y tartas *red velvet*, logramos que el enano, con su caligrafía exquisita, preparara la siguiente carta a mano:

Querida Reina,

Mientras el violín descansa en su estuche, mi corazón no encuentra reposo desde aquel día en que nuestras almas se encontraron en un vals silencioso, entre las notas que tocaba para ti y el Alfonso. Tu boda fue un lienzo de emociones, y aunque mi música acompañó la ceremonia, mi alma se quedó atrapada en un instante que no puedo, ni quiero, olvidar: ese momento de pasión que compartimos, tan efímero como eterno.

No sé si las palabras pueden capturar lo que sentí cuando nuestras miradas se cruzaron, cuando el mundo pareció detenerse y solo existíamos tú y yo. Fue un fuego que no esperaba, un acorde inesperado que resonó más allá de la melodía que mis dedos arrancaban al violín.

Sé que estás casada, que tu vida con el Alfonso es un compromiso sellado, pero mi corazón no entiende de

contratos, solo de verdades. Y la verdad es que lo que siento por ti es puro, inmenso, indomable.

No sé si esta carta cambiará algo, pero necesitaba escribirla, necesitaba que supieras que mi amor por ti es tan real como las cuerdas de mi violín, tan profundo como la música que nace de ellas.

Si decides seguir adelante con el Alfonso, lo entenderé, pero siempre llevaré conmigo el recuerdo de lo que pudo ser, de lo que, en un rincón de mi alma, siempre será.

Con todo mi ser, María Dueñas

La carta fue recibida por Reina a través de paquete exprés. Se utilizó el mismo formato de la invitación matrimonial, como si se tratase de la retribución de un regalo; así su destinataria la recibiría sin empacho y el Alfonso no levantaría sospechas.

Reina, al principio, tomó el sobre y, al fijarse en el remitente, lo abrazó contra su regazo: intuición femenina, quizás, o tal vez añoranza extrema. Lo cierto es que buscó alejarse del Alfonso, quien aún no sabía qué hacer con ella. No faltaba en él la intención de dejarla por lo de la tarima, pero no podía hacerlo sin que aquello volviera a ser motivo de discusión y enfado.

Reina buscó resguardarse en el baño más próximo. Ahí abrió la correspondencia; temblorosa, toda ella, leyó el contenido y, entre párrafos, suspiraba y gimoteaba. Al terminar de leer, no aguantó más: decidida a corresponder con la verdad, tomó fuerza y gritó, cual alarido silencioso, un “yo también te amo”. Continuó en sus

entrañas gritando hacia dentro de su ser: decía de su necesidad de volcarse por Diana Dueñas.

No aguantó más y esta vez sí anunció palabra para decir en voz alta: —El Alfonso, por favor ven y ayúdame—.

El Alfonso, solícito, llegó hasta la puerta y tras de ella respondía: —Di-di-dime, eeen qué te-te pu-pu-puedo ayu... ayu... ayudar—.

Al escucharlo, Reina sintió que el mundo se le venía encima. Ella pedía por la presencia del Alfonso para hacerle frente y romperle la verdad: contarle su decisión de abandonarlo. Mas optó por callar, haciendo parte del melodrama *Lo que callamos las mujeres*. Más bien, al contrario, rompió la carta y manifestó:

—El Alfonso, cariño, perdóname por hacerte quedar en ridículo. Me embriagué y, sin querer, desaté el desastre por besar a Diana Dueñas. Te confieso que fue un impulso estúpido y la verdad es que ocurrió involuntariamente. En un lapsus creí estar allá, en Asia Occidental, en aquella región donde fui gracias a tu generoso regalo prenupcial. Ahí, en esas tierras, el beso entre personas del mismo sexo es normal y común. Tengo tanta vergüenza contigo que no puedo ni siquiera verte a los ojos para decirte que aceptes mi disculpa—.

El Alfonso, fiel a sus principios, quiso creer que aquellas palabras eran verdad. Buscó en *Google Chrome: países donde el beso en la boca es habitual para saludarse*. Un suspiro enorme salió de él al leer que sí, allá a donde él mismo había enviado a su Reina, era país con tales costumbres.





Con una *chagi* propia de un taekwondo de 2º dan, atravesó su pierna por la puerta. Reina se retiró por el estruendo hacia lo más lejano del baño y, cual Liam Neeson, el Alfonso atravesó el portal como si fuese de papel y no de conglomerado. Tomó a Reina en brazos y la llevó hasta la alfombra más cercana. Ahí, en el suelo, recordaron aquella canción de Arjona que dice: “para qué describir lo que hicimos en la alfombra”. La besó toda y Reina quedó exhausta por los trampolines sexuales ofrecidos por su marido. Ahí se quedaron dormidos, mientras el fuego de la chimenea, al fondo, se consumía como la oportunidad de Reina y Diana.

Yo esperé el lunes con ansia. Esperaba ver al Alfonso hecho trapos y, para mi disgusto, llegó orondo, bien perfumado y lleno de alegría. Repetía a uno y otro su historia, indicando que había comprendido todo; gracias a que su adorada Reina era capaz de asumir costumbres extranjeras rápidamente, y que lo del beso con Diana Dueñas había sido un saludo a la artista.

—Y si no lo creen, busquen en *Google Chrome*—, repetía ufano.

Qué idiota era el Alfonso. Puse cara de emoticón y golpeé mi cabeza contra el escritorio.

De inmediato, el Alfonso, advertido por el sonido, me increpó: —No, no, no, ¿me-me crees?—

Respondí, al contrario: —Es pura verdad—, dije para salir del apuro.

—Es más —añadí—, en otras partes del mundo se dan golpecitos en la cabeza y rozan narices. Si no, busquen en *Google Chrome* cómo se saluda en Nueva Zelanda.

Yo mismo dije a todos lo de Reina: que fue una equivocación, como cuando un niño dice en un acuario “mami, mami, los pingüinos me van a mascar” y su madre rápidamente lo corrige porque sabe que quería decir: “mami, mami, los pingüinos de Madagascar”.

—Entiéndanos todos, aquello fue un pequeño error que ya nuestro Alfonso nos aclara. Bueno, a trabajar...—

Ni su orgullo, ni su temple, ni su físico estaban heridos. El Alfonso o sabe disimular muy bien, o es un caso sobrenatural. No puedo creer que nada ni nadie lo doblegue.

Sin embargo, tengo un golpe maestro. Debo atacarlo en los dos flancos que más debilitan, sensibilizan y apasionan a la gente: religión y política.

Mi plan es precioso: una candidatura fallida.

En cuanto a la política, siempre ha militado en el Partido Emancipador Nacional para el Desarrollo y Equidad de Jóvenes Obreros. Nunca usan sus siglas (*PENDEJO*) por obvias razones. El Alfonso es contribuyente mensual, pero no ha alcanzado escaños ni un puesto medio en la estructura organizativa. Esta vez iba a ser propuesto por las “bases” para asumir la alcaldía. Sus contrincantes, los bots y el debate se iban a encargar de hundirlo.

Por supuesto, llamé a mi dúo favorito para planear el ataque: —Café Morisco a las 4h00. Repito, no es café Pelelepú—.





No quise volver a nuestro anterior centro de comando; las tartas *red velvet* del otro día estaban secas y viejas. Pasé horas liberando el río fangoso, por suerte Horrtencia me preparó litros de manzanilla.

Llegamos a Café Morisco... y me refiero a Rafael y yo. El enano y Romina no regresaron más: quizás se sintieron expuestos en la fiesta y, sabiendo del poder del Alfonso como actual miembro del PENDEJO, supuse que habrían salido del país aprovechando la prolongación de las políticas de Trump respecto de la autodepuración.

Me sentí devastado al saber que solo contaba con un perro para buscar que mis intenciones fueran materializadas en contra del Alfonso. La espera me permitió tomar siete dobles *espresso* y, claro, para cuidar mi redondel abdominal, comí un solo *cannoli*. Más un precio muy alto pagué, porque de súbito un mareo me dejó medio sorongo y, de esas lucecitas que se mueven como moscas en los ojos, me acompañaron hasta recuperarme.

Me refugié en casa y me quedé dormido sin más en el sofá en el que duerme Rafael, ahí cerca de la puerta de entrada. Los gritos de Horrtencia me levantaron hasta el tumbado. —¿Qué pasa, Horrtencia?, ¿por qué tanta alaraca?, ¿qué pasa? —pregunté.

—¡Dios mío! —respondía inquieta, mirándome como si tuviera al frente a una gárgola, o al demonio de Tasmania.

—¡Qué Dios mío, ni qué ocho cuartos! Cálmate, mujer, ¿qué pasa?

—¡Patroncito, mire ojito...!

—Mire ojito, mire ojito... —le remedé. Y, de inmediato, viendo doble todo lo que había a mi alrededor, caí al suelo.

Luego desperté en una clínica, medio somnoliento, y de inmediato me di cuenta de que solo podía ver por el ojo izquierdo. Una enfermera me asistió para incorporarme y me acercó un espejo. Ahí comprobé por qué Horrtensia momentos antes gritaba: tenía el ojo derecho igualito al de Cuasimodo, saltonazo y totalmente rojo, como si me hubieran quitado la piel y se viera la sangre correr.

En pocos minutos entró un galeno y me explicó que tenía algo llamado EOT: enfermedad ocular tiroidea, y que por el momento me daría unos medicamentos y me colocaría un parche en el ojo derecho para evitar la doble visión. Las razones: un prolongado estrés y un sistema inmunológico hiperactivo.

En mi mente me dije: *cómo no he de estar con estrés e hiperactivo si tengo al Alfonso encima todo el tiempo.*

Tras el médico llegaron dos enfermeras, hicieron limpiezas y me pusieron un parche. Quedé igualito a Juan Faneca, el amante bilingüe. Solo que, en vez de tener la dicha de cogerme a Ornella Muti, debía salir de la mano de Horrtensia, que me esperaba fuera de la habitación.

Mi sorpresa se elevó a la quinta potencia cuando, al lado derecho, por donde no tenía mayor ángulo de vista, oí

una vocecita que dijo: —Ho, ho, hola... le-lele, va-va-vamos aaa lle-llevar aaa su-su casa.

Puse mi mano en el ojo izquierdo y tapé mi vista para no ver al Alfonso, que ya estaba ahí. Había sido el único que acudió a los llamados de Horrtensia para traerme al hospital.

Solo respondí: —Gracias, Alfonso—.

Y en mi interior, especialmente en mi estómago, sentí un ardor que se comunicó vía esófago hasta la garganta. Casi vomito del susto, y del coraje.

Pasaron varios días para reponerme, y mi pinta de pirata me hacía sentir más encantador de lo que habitualmente soy. Encerrado en casa, y como agradecimiento a Horrtensia, decidí una noche ayudarla poniendo todos sus frascos y hierbas en su lugar. Limpié la alacena completa y, en ese acto banal, encontré detrás del gran tarro de manzanillas un pequeño frasco sin etiquetas, muy distinto a los demás. Era de vidrio oscuro y contenía en su tapa un gotero. Lo abrí sin más y dejó salir un olor extraño, pero familiar: típico de las infusiones que Horrtensia me preparaba para calmar mis ardores de estómago. Pero en esta ocasión, la sensación familiar estaba acompañada de un olorcito metálico y dulzón.

La verdad me quedé intrigado. Mis pasos breves en la cocina me decían que no era azúcar ni stevia, menos aún gotitas de almíbar o esencia de vainilla. La paranoia me invadió: ese sentido mismo de supervivencia que solo tenemos las personas inteligentes y casi mági-

cas, que solo aparecen cada mil años. Decidí ir hasta mi computador y buscar síntomas y sustancias que alteran la tiroides.

Boom, bam, bim. Ahí estaba la respuesta.

Como si una gélida mano se posara en mi *acnestis*, mi glabela se frunció, mi *filtrum* se surcó más, mi columela se hinchó. En palabras de cristiano: sentí frío en ese lugar de la espalda donde uno no alcanza a rascarse, se frunció el espacio entre cejas, y el surco debajo de mi nariz se hizo más grande. Comprendí que alguien me estaba envenenando lentamente.

Y ese alguien solo podía ser mi yerbatera: mi Horrtensia.

Tomé una muestra de aquella poción misteriosa y, en un laboratorio bioquímico, me confirmaron que era tiocianato de potasio, asociado al deterioro paulatino de la función tiroidea y a los desórdenes inmunológicos. Justamente aquello que mi médico cubano había mencionado.

Estaba estupefacto, patidifuso y rodillijunto. Atando cabos, me di cuenta de que, desde hace años, cada vez que Horrtensia, hasta antes “mi Horrtensia”, me daba sus infusiones, yo, en vez de calmar mis nervios, me irritaba más y más. Me obsesionaba. Mi único propósito de dejar sin existencia al Alfonso se hacía más profundo. Mis pensamientos intrusivos, mis angustias, mi ira: todo estaba alimentado por la que yo creía mi protectora, cuando en verdad era mi verduga.





Me sentí deshecho. Ella no me quería como a un hijo, más bien me odiaba como a un monstruo que ella misma estaba esculpiendo.

Intrigado por sus razones, y aún con dudas, llegué a casa fingiendo que todo estaba en orden. Como siempre, mis alpargatas listas, mi tacita de té y hasta Rafael ladrando. Tomando aires de no sé dónde, le dije: —Horrtensia, en 22 años no has tenido día de descanso alguno, cosa cierta. Por favor, ve y cómprate un helado y camina un rato por algún parque. Yo aprovecharé para dormir—.

Subí al cuarto de Horrtensia y le bajé su chanchito de alcancía para que tuviera con qué pagarse el helado. Ella, cual buena ciudadana, salió tras la orden.

Regresé al cuarto de ella. Una vez que salió por la puerta moví cielo y tierra, y entre el colchón y los maderos no encontré nada. Fui hasta la cocina y, luego de hurgar por todo lado, tomé por azar un libro de cocina y allí una carta a una tal “Tía Rrosa”. En pocas palabras decía:

Lo recuerdo como si ahora mismo estuviera leyendo. Tía Rrosa, el plan va tomando forma, ya el tal patroncito disque no entiende nada. Cada tasita de té que hago pongo gotitas tuyas, bendita tía Rrosita, dosis justa pongo, y rapidito altera nervios, como bobo pone, ya ni hombre parece, más bien criaturita. Ganas de quebrar maqui y dejar ahí. Ni cuenta da de sus obsesiones por un tal Alfonso. Patroncito de patoquilla, me ha odiado tanto; sin días de permiso, ni para el funeral del Manuel Antonio dejó ir a Quingeo, nunca dejó estudiarr, ni amarr, menos envejecerr en paz, pero ahora sí ya en ruina anda.

Con cariño... La Horrtensia. P.D. Dará dando de comerr retamita al cuy gara que prometió para carnaval, verá. Besos a todos, en especial a los guaguas de la Lurena.

Esa carta confirmó todo. Traté de reponerme y me apresuré a dejar todo en su lugar, ya que la heladería estaba lejos, pero no tanto, calculando unas dos horas. Llegó la ingrata y, trayendo un helado para mí, dijo: —Tome, patroncito, es bueno para panza.

Agradecido tomé y salí al patio para buscar excusa y dejarlo caer. Pensé: vaya a estar con esa alquimia venenosa, como el té de violetas y alelí.

Me pregunté si de verdad odio al Alfonso. Y una voz nunca clara me dijo que a quien debía ahora volcar mi ira era hacia la Horrtensia. Y lo peor no era la traición.

Lo peor... era que ya no sabía si lo que pensaba, lo que creía, lo que sentía, era realmente suyo, pues sabía que me lo fue sembrado, gota a gota, por la mujer que desde niño “me cuidó como suyo”.

Esa noche no pude dormir; me la pasé en vueltas, desesperado porque llegara el amanecer. Incluso desconecté las cámaras de seguridad, ya que cualquiera, al reproducir las cintas, hubiese pensado que era un demente.

Al día siguiente no sabía a quién recurrir. Mi mundo había sido cohabitado entre Horrtensia y el Alfonso. Me sentía inválido y solo. No sabía en quién confiar. Opté por llamar a mi hermano, ese mismo que mencioné al inicio, ese mismo del Toyota. Él era una persona total-

mente distinta a mí: Rubén era un tipo comedido y exitoso, enamorado de la vida familiar, socializaba lo justo y lo necesario, y enfermo de la pesca. Dicha afición la obtuvo por un exsuegro marinero, a quien, por integrarse y sentir su aprobación, revisó todos los manuales y guías de pesca de la biblioteca municipal de aquel entonces.

La situación es que nunca he visitado a mi hermano. Tengo sobrinos y no sé ni sus nombres. No uso redes sociales; por tanto, desconozco completamente su vida. Lo único que conservo es su número de celular. Pensé muchas veces cómo iniciar la conversación: “Holaaaaa ñaño, ¿te acuerdas de mí?”... bufff, muy informal; “Buenas, soy tu hermano. Quiero hablar contigo”... demasiado formal; “Holis, Toyotita”... muy maricón. Decidí llamarlo y no pensar más la frase inicial. Solo dije: —¿Sabes quién soy? Perdón. Perdón por todo.

Le conté lo que me ocurría; fue muy compasivo. También nos reímos recordando viejas glorias con el aclamado Toyota. Hoy odia la pesca, mutó hacia el yoga. Por suerte, en esta época y con cinco minutos de Google ya puede hablar de asanas, pranayama, bandhas y shavasana con cierto dominio. Me retumbó cuando al final de la conversación me dijo:

—Tienes las evidencias, denuncia a Horrtensia, pero al Alfonso tienes que rematarlo; él tiene todas las pruebas para denunciarte a ti.

Su respuesta no me convenció. Su primer divorcio, justo en el que estuve presente, fue muy traumático. Entiendo

que su forma de protección y ataque es la jurisprudencia, pero no creo en los abogados.

No voy a matarlo al Alfonso; me salvó la vida. Tampoco voy a denunciar a Horrtensia. La que debería morir es Horrtensia; en realidad, debería descuartizarla como lo haría Jeffrey Dahmer, pero tengo empatía y codependencia hacia ella. Los psicólogos dirán que tengo el síndrome de Estocolmo en su máximo esplendor. Creo que lo más sensato es huir, escapar de este entorno: El Alfonso mejora su clima laboral, Horrtensia se queda con la casa, y yo me busco un nuevo “yo” que me permita ser una persona distinta a la del tiocianato de potasio. Alejarme de ellos sería sano, pero sería cobarde: sería escabullirme de mis antiguos comportamientos sin pedir perdón. También estoy valorando suicidarme, pero es más cobarde aún.

Mejor me tomo una pausa para pensarlo bien. Voy a reservar un viaje al Carnaval de Oruro, en Bolivia. Ese país me hace sentir distinto; mi 1,70 me hace ver alto frente al resto, me oculta el complejo. Además, soy buen puñete y puedo inscribirme en el circuito local a modo de sacar mi ira y dejarla en la cara de cualquier desconocido que dé la talla y el peso.

Llamar a mi hermano fue, sin duda, lo mejor que pude hacer. A pesar de lo que recomendó, el simple sonido de su voz, casi sin eco y muy parecida a la de mi padre, me aportó aire en ese momento en que todo desencajaba.

Reservé el viaje y, al llegar la hora y la fecha, no pude cumplirlo. Me quedé en la puerta misma del aeropuer-

to. Bastó mirarme en el reflejo del vidrio que permite el ingreso al andén de salida internacional. Me miré a mí mismo sin ninguna luz de brillo en los ojos. Recorrí rápidamente mi cuerpo y vestía como si fuese un pobre hombre que lleva su propio ataúd a hombros. En simples palabras, me sentí miserable, quizás por querer huir y tal vez por saberme un tipo sin escrúpulos que dañó la vida de Horrtensia y, sobre todo, del Alfonso.

Di vuelta y tomé el primer taxi que pasó. Cuando el chofer preguntó por mi destino, ni siquiera supe qué decir. No quería regresar a casa, menos aún ir a la oficina, reunirme con las dos personas a quienes ya consideraba mártires de mi mal ser. No era opción.

Pedí al hombre que siguiera por la avenida principal, hasta hacer una llamada. Me tomé un buen tiempo para ello, a tal punto que estábamos en las periferias de la ciudad. Miraba las casas como quien mira un gran libro que sabe que no va a comprar: hoja tras hoja, así casa tras casa, sin fijar colores ni tamaños. Fijé luego mi mirada al suelo por el ventanal del vehículo y, con mil suspiros, supe que era momento de cerrar este capítulo para siempre y, con la angustia de un moribundo que camina hacia su patíbulo, opté por despedirme del único ser que aún tenía cerca de mi ser.

Sin ánimo alguno recurrí a Rubén, y notó de inmediato que mi voz titubeaba. Me preguntó en dónde estaba. Eso me hizo volver en sí, para decirle nuevamente al chofer que siguiera por la misma vía hasta donde inicia el carretero transnacional. El hombre, por el retrovisor,

increpó mi pedido para confirmar mi destino y respondí que sí, que quería ir hasta el límite de la ciudad, y me dejé en el lugar donde inicia la carretera. Hasta tanto seguía al teléfono con Rubén. Mi aliento era casi el del desconsuelo, trasmutado en palabras entrecortadas.

Rubén, intentando saber de mis planes, decía: —¿Vas hasta allá solo? No tiene sentido ir hasta la cordillera cercana, está llena de cerros y lagunas.

Él sabía que mi afición nunca fue la pesca y que además odiaba, desde niño, el frío. Intuyó mis intenciones de dejar ahí mi vida y no volver a buscar a nadie a quien lastimar. —¡Por Dios, no hagas eso! Quédate donde estás; ahora mismo voy por ti —alcanzó a decir, mientras la señal se perdía.

Llegué a mi destino. Era un parador vacío, sin gente. Bajé del auto y pagué por el recorrido. El hombre quiso entregarme el cambio, pero con una seña a media altura de mi mano pedí que se retirara. El hombre se bajó del vehículo para advertir que mi maleta estaba aún dentro, pero nuevamente, con el mismo ademán, me negué a recogerla.





Empecé a caminar rumbo a la nada, solo caminar. A poco menos de un kilómetro, siguiendo el pavimento, encontré dos senderos no carrozables, casi alineados: uno hacia la izquierda y el otro al costado contrario. Tomé de súbito el primero, al ofrecerme un recorrido por un surco pequeño y hacia el cual se levantaba una gran peña. Caminé por él como una hora y luego, con las manos en los bolsillos, supe que mi rumbo era incierto.

Proseguí como una hora más. No sentía sed, no sentía hambre; la culpa me embargaba. Despedirme del mundo era lo más razonable en este momento. Me senté un momento para coger aliento; mis piernas no podían dar un paso más. La aceleración con la que inicié fue un error. Solo errores me retumbaban en la mente: si hubiera administrado mejor mis energías, ya estaría en la cúspide y hubiera podido cumplir con mi meta.

Pero no. Me senté en la hierba húmeda típica de los paisajes de páramo y me recosté. A mi mano izquierda rocé un hongo que surgía del estiércol. Su sombrero, amplio y redondeado, tenía el color del sol filtrado por una tormenta: un dorado envejecido que, con la humedad, se tornaba en tonos ocre y cobrizos, como si guardara dentro un corazón de fuego apagado. Su superficie parecía casi viva, suave como terciopelo húmedo, brillando apenas bajo el rocío matinal, y se arqueaba hacia el cielo con la melancólica elegancia de lo prohibido.

Me dije: “Quizás es una señal, me como esto y apago mi vida aquí mismo y en este instante”. Sin pensarlo dos veces lo arranqué con torpeza, dejando un leve rastro de

tierra pegada a su tallo. Lo miré detenidamente, por primera vez con atención. Al tocarlo, una línea azul oscura comenzó a dibujarse desde la base, como si el hongo se defendiera, como si supiera lo que se avecinaba.

Lo llevé a la boca lentamente, con una mezcla de temor y resignación. No sabía si iba a morir o simplemente a desaparecer, y ambas opciones me parecían igual de válidas. El sabor era amargo, terroso, casi metálico. Masticarlo fue un acto de fe desesperada. Cuando lo tragué, sentí que algo había cruzado un umbral.

Me recosté nuevamente. Las nubes empezaban a moverse con una lentitud distinta, como si el cielo respirara. Cerré los ojos.

Primero vino el vértigo. La montaña se mecía, los sonidos del páramo se deformaban como notas que flotaban bajo el agua. Las ideas en mi cabeza dejaron de seguir un orden. La culpa se transformó en imágenes: la casa donde crecí, el rostro de mi Horrtensia en la cocina, el olor a eucalipto de mi infancia, Rafael ladrando. Todo emergía sin aviso y sin juicio.

Cuando volví a abrir los ojos, el cielo ya no era cielo. Era una cúpula líquida, azul y transparente, donde nadaban aves imposibles. La gran peña frente a mí parecía inclinarse lentamente, como si quisiera decirme algo.

Un aroma delicioso llegaba hasta mis sensores olfativos, y sentía cómo se calentaba mi cuerpo al pasar el té que me ofrecían unas manos inmensas que se configuraban desde las nubes. Oía cómo el líquido descendía desde

mi boca hasta el estómago. Las manos se transformaban como un caleidoscopio en mil cuentas de vidrio que terminaban configurando los ojos del Alfonso.

Entonces todo se abrió como si fuese una exposición infinita: los dedos que se estiraban eran a la vez raíces que lloraban y grietas que suplicaban, y en ellas se incrustaba un rostro quebradizo, amarillento, donde insectos viscosos reptaban sobre la piel. Era como si un murmullo secreto hubiese unido la súplica de *Manos* de Guayasamín con la disociación erótica de *El gran masturbador* de Dalí.

Los colores se desbordaban: ocre, azules profundos y sangre seca en tonos marrones. El grito y el deseo, la herida y la pulsión se fundían en un mismo latido que me envolvía. Sentía que mis propias manos se multiplicaban, se retorcían como ramas, y en cada palma brillaban insectos extraños, mientras los ojos del Alfonso parpadeaban desde sus uñas.

No había tiempo, solo este lienzo imposible: un universo donde el dolor y el goce bailaban juntos, devorándome y acariciándome en un mismo instante.

Estaba totalmente mojado por el llanto propio del cielo. Había llovido y, con los ojos semiabiertos que se desenfocaban por el destello de un haz de luz directa, creí oír, desde algún rincón del paisaje, una voz no humana. Era una vibración en el estómago, en las venas, como si la tierra misma, esa hierba húmeda y ese estiércol vivo, me estuviera hablando. Me decía: “Todavía no. Aún no es el

momento”. Entonces lloré, lloré mucho. No sé por cuánto tiempo, ni tampoco si fue por alivio o por decepción.

Al terminar el viaje, me sentí liberado de toda atadura. Justifico las acciones de mi Horrtensia y apelo a la misericordia del Alfonso. Nunca imaginé que de un posible envenenamiento podría revivir mi alma y mi cuerpo.

Luego me desvestí frente a un gran espejo de agua. Una laguna me recibió como si me hubiese estado esperando por siempre para purificarme. El viento dejó de soplar y, desde el silencio total, varios trinos se dejaron escuchar de súbito. Eran decenas de cuvivies que se precipitaban con tal fuerza hasta la laguna que ninguna de ellas lograba alzar más su vuelo. Era un suicidio colectivo.

Nuevamente dudé sobre si estaba despierto o ya simplemente camino a encontrarme con el conservero. Pensé que era mi turno, y caminé despacio mientras las algas envolvían lentamente mis pies y tobillos. Ya enredado hasta la cintura, me vino un momento de razón y traté de salir aprisa antes de que un shock térmico me llevase a la misma suerte que aquellos pájaros.

Veía cómo esas criaturas seguían cumpliendo con su ritual, esas pequeñas aves color marrón que, sin ataduras, de repente decidían dejar su vida en honor a algún espíritu sagrado. “¿Será el mismo que me cuidó en el trance?”, me pregunté.

Los cadáveres de los cuvivies deambulaban como cruces sobre el agua. Era aterrador ver dos opciones claramente para mí: ser uno más de aquellos seres inertes, antes

majestuosos en el aire y ahora moviéndose al vaivén del agua, que sin duda luego serían devorados por carroñeros; o mejor retroceder en esas intenciones y volver a redimirme con el Alfonso, e incluso perdonar lo de Horrtensia y honrarla por su servicio.

No fueron minutos sino horas las que la duda se quedó en mí. Por fin decidí: ofrecerme una redención. Retorné hasta el punto de la bifurcación donde tomé la ruta y, casi sin aliento, a pocos metros vi varias sombras. Allí estaban Rubén, Horrtensia y el Alfonso, corriendo hacia mí.

Me abrazaron, y yo a ellos. Les pedí que no me preguntaran nada y que, por favor, me llevaran a casa.

Así pasó. Luego, ya solo, me senté con mi rostro frente a un espejo para escribir esta historia, y así recordarme a mí mismo que, si uno deja que un monstruo habite en su interior, su fin será muy predecible. No habrá, simplemente, un desayuno perfecto.

Sobre los autores

Ángel Torres-Toukoumidis. Doctor en el programa de Doctorado Interuniversitario en Comunicación de las universidades de Huelva, Sevilla, Málaga y Cádiz. Máster en Comunicación con Fines Sociales por la Universidad de Valladolid. Es editor asociado de las revistas *Cogent Social Sciences* (Reino Unido) y *Estudios Pedagógicos* (Chile), así como editor en jefe de la revista *Universitas-XXI*. Director del proyecto *Observatorio de Información para Crisis Humanitarias* y editor general de la Universidad Politécnica Salesiana. Docente de la carrera de Comunicación en la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador. Autor de más de 200 publicaciones, entre artículos científicos, libros y ponencias.

Fernando Pesántez-Avilés. Es un escritor dedicado a la literatura que ha consagrado treinta años de su vida a la educación. Es doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de La Habana, Cuba. Actualmente, se desempeña como vicerrector general de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador; integra el Grupo de Investigación en Inteligencia Artificial y Tecnologías de Asistencia de la UPS y dirige la Cátedra Unesco “Tecnologías de Apoyo para la Inclusión Educativa”. Sus publicaciones se orientan principalmente al ámbito científico, en temas relacionados con la inclusión, el acceso y la justicia social. En el campo literario, ha escrito las novelas *Los palacios caídos*, *Nuka Simón*, *La caja naranja*, *Los misterios de Curuchupa* y *Crespi, más allá de las cenizas*.